

ARCHIPIÉLAGO DE RICARDO ROJAS: UNA REESCRITURA DE LA TRADICIÓN

ARCHIPELAGO BY RICARDO ROJAS: A REWRITING OF TRADITION

Pilar María Cimadevilla 

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Trelew, Argentina

Resumen

En 1934, el escritor argentino Ricardo Rojas es confinado en Ushuaia por su adhesión a la Unión Cívica Radical. Durante su estadía, escribe *Archipiélago*, texto que será publicado recién en 1941 en *La Nación* y, un año más tarde, en formato libro. La propuesta de este artículo consiste en indagar cómo a lo largo de *Archipiélago* el escritor desanda su condición de preso y se acerca, en cambio, a los relatos de viaje sobre el territorio patagónico publicados en la prensa porteña de la época. En efecto, se verá la manera en que, a partir de una discusión intensa con las representaciones sobre la región instaladas por Darwin, Rojas se suma al proyecto de “argentinizarse” la Patagonia y renovar también la mirada extranjerizante que definió la narrativa sobre el extremo sur.

Palabras clave: Patagonia; viaje; Rojas; Darwin.

Abstract

In 1934, the Argentine writer Ricardo Rojas was confined in Ushuaia for his adherence to the Unión Cívica Radical party. During his stay, he wrote *Archipiélago*, a text that would be published in 1941 in *La Nación* and, a year later, in book format. The purpose of this article is to investigate how throughout *Archipiélago* the writer breaks away from his condition as a prisoner and approaches, instead, the travel stories about the Patagonian territory published in the Buenos Aires press of the time. Indeed, we will see how, based on an intense discussion with the representations of the region established by Darwin, Rojas joins the

Resumo

Em 1934, o escritor argentino Ricardo Rojas foi confinado em Ushuaia por ser membro da União Cívica Radical. Durante sua estada, escreveu *Archipiélago*, texto que só seria publicado em 1941 no jornal *La Nación* e, um ano depois, em formato livro. A proposta deste artigo consiste em investigar como ao longo do *Archipiélago* o escritor refaz sua condição de prisioneiro e aborda, em vez disso, os relatos de viagens sobre o território patagônico que foram publicados na imprensa portenha da época. Em esse sentido, veremos como, a partir de uma intensa discussão com as representações sobre a região instaladas por Darwin, Rojas adere ao projeto de “argentinizarse”

project of “Argentinizing” Patagonia and also renewing the foreignizing view that defined the narrative about the extreme south.

Keywords: Patagonia; Journey; Rojas; Darwin.

a Patagônia e também de renovar o olhar estrangeirizante que definiu a narrativa sobre o extremo sul.

Palavras-chave: Patagônia; viagem; Rojas; Darwin.

“[...] la literatura de viaje patagónica se presenta, en el pasado y quizás aún hoy, como un *bricolage*. Un ensamblaje de observaciones que van desde la descripción de los hábitos alimenticios de los guanacos, hasta el descubrimiento y clasificación de nuevos especímenes botánicos pasando por las minucias de la vida de campamento hasta el juicio moral sobre las costumbres indígenas” (Livon-Grosman, 2004, p. 11).

En tanto “ensamblaje de observaciones”, el relato de viaje a la Patagonia puede ser pensado como un único gran relato en perpetua reescritura. Es que, desde Pigafetta hasta la actualidad, quienes recorrieron y al mismo tiempo escribieron sobre la región (aventureros, naturalistas, militares, aristócratas, acompañantes, dibujantes, periodistas, gobernantes) se ocuparon con insistencia en recuperar lo ya dicho por otros. Y si bien esta “actitud textual” (Said, 1990) forma parte de uno de los rasgos que definen precisamente al relato de viaje (Colombi, 2010, p. 292), el caso de la Patagonia resulta particular porque la cita directa entre viajeros y viajeras, el armado de bibliotecas compartidas hacia el interior de los libros, la insistencia en la representación paisajística de determinados puntos geográficos, la recurrencia de los mismos tópicos y la recapitulación explícita de lo que otros realizaron o “descubrieron” en misiones anteriores, los liga a tal punto que, por momentos, las voces se vuelven indistinguibles. Esto queda demostrado, tal como observa Livon-Grosman, en el modo en que los textos se engarzan entre sí:

Casos como el de Florence Dixie que organiza su propia narrativa a partir de la de George Musters, o el de Hudson para quien Darwin es un importante punto de referencia del mismo modo que más tarde el mismo Hudson lo será para Chatwin. Este efecto acumulativo, encadenado, de las historias que dan cuerpo al mito es una de las razones de su supervivencia (Livon-Grosman, 2004, p. 16).

Sin embargo, en este *continuum* de historias de desplazamiento, se observan al mismo tiempo algunos quiebres o transformaciones porosas que obedecen no solo a ciertos acontecimientos específicos – como el viaje del *Beagle* o el desarrollo de la “Conquista del desierto”, por mencionar sólo

algunos hitos paradigmáticos —, sino también a cambios en el *modo de ver* (Berger, 2000) y de representar una región en apariencia siempre igual.

En este sentido, en los diferentes relatos que conforman el corpus, se observa cómo a inicios del siglo XIX el territorio patagónico fue privilegiado por la imaginación de los científicos y exploradores extranjeros (y extranjeras también, aunque en menor medida),¹ sobre todo a partir de la clara incidencia que tuvo el relato de Charles Darwin en la configuración del imaginario de la región en tanto *terra incógnita*; y, más adelante, hacia finales de ese mismo siglo, por la campaña militar enviada por el mismo Estado Nación argentino, con el fin de fortalecer las fronteras del país a partir del desguace de las comunidades originarias, que ejerció presiones sobre la idea de hostilidad e inaccesibilidad que operaba sobre el territorio, para instalar poco a poco una nueva imagen de la Patagonia como región productiva. Me interesa aquí, entonces, observar qué ocurre en el pasaje al siglo XX, con la tradición del relato de viaje al extremo sur, a partir del caso particular de *Archipiélago*, de Ricardo Rojas.

Escrito en 1934 durante su confinamiento en Ushuaia por su adhesión a la Unión Cívica Radical, publicado en *La Nación* en 1941 y un año más tarde en formato libro, el texto de Rojas se suma al listado de escritores argentinos ligados a la prensa que visitaron y escribieron sobre la Patagonia durante la década del treinta: Liborio Justo, Raúl González Tuñón, Juan José de Soiza Reilly, Roberto Arlt, entre otros.² Y si bien su condición de preso político lo separa del tipo de viaje realizado por los corresponsales mencionados, lo cierto es que, como se verá, ciertas operaciones escriturarias llevadas adelante en *Archipiélago* coinciden en muchos puntos con las búsquedas de estos otros escritores viajeros. Propongo, por lo tanto, leer el texto de Rojas para indagar ahora qué diálogos se establecen con los relatos sobre la Patagonia producidos en los mismos años, y a la vez desandar la manera en que el escritor busca instalarse en la gran tradición de textos sobre “el fin del mundo”. Es que, si desde el siglo XIX, Darwin aparece como cita ineludible, se observará aquí el modo en que Rojas abre en su libro un diálogo crítico con el científico naturalista, arma al mismo tiempo una biblioteca de viaje y se establece, al igual que los escritores periodistas de la época, como mediador entre los relatos extranjeros y el público lector porteño, desdibujando así el verdadero motivo de su viaje. En efecto, muchos de los recursos característicos de las crónicas

¹ Sobre viajeras en los siglos XIX y XX véase Szurmuk (2007) y Miseres (2010).

² *La tierra maldita* de Liborio Justo se publica en 1932. Ese mismo año se publican en *Crítica* las crónicas que Raúl González Tuñón escribe como corresponsal desde Santa Cruz; entre marzo y junio de 1933 Juan José de Soiza Reilly publica en *Caras y Caretas* una serie de crónicas periodísticas que registran su viaje a la Patagonia y al extremo austral. En el mismo momento en que Rojas es confinado en Tierra del Fuego, Roberto Arlt viaja como enviado de *El Mundo* a la zona del lago Nahuel Huapi, desde donde escribe sus “aguafuertes patagónicas”.

sobre la región impresas en la prensa porteña del momento – autoconfiguración como viajero-corresponsal, recuperación de la zona como tierra productiva, presentación de ciertos habitantes singulares a partir de la creación de perfiles o biografías, entre otros – figuran también en *Archipiélago* y le permiten a Rojas correrse del lugar de preso, para acercarse en cambio al del escritor aventurero. Así, junto con los corresponsales de la modernización, Rojas se suma al proyecto de “argentinar” la Patagonia y renovar también la mirada extranjerizante que definió (y continúa haciéndolo) la narrativa sobre la región.

Motivos del viaje

Ricardo Rojas (1882-1957), nacido en Tucumán en el seno de una familia de elite proveniente de Santiago del Estero – su padre, Absalón Rojas, fue gobernador y senador nacional –, no puede ser catalogado bajo un único título, ya que su desarrollo profesional abarca diferentes disciplinas interconectadas como la literatura, la historia, el periodismo y la política. A finales de la década de 1890 se traslada a Buenos Aires, donde da sus primeros pasos como periodista para *La Nación*, *El país* y *Caras y Caretas*, y se inscribe en la carrera de *Derecho*. Sin obtener el título de abogado, se aboca a la docencia y establece vínculos con la élite política conservadora del momento. Años más tarde, llega a convertirse en Decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1921-24) y Rector (1926-30) de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Como se dijo anteriormente, luego del golpe de 1930, en 1933, es detenido junto a los miembros de la Convención Nacional de la UCR, a quienes les da a elegir entre el exilio o el confinamiento en el mismo país. Rojas elige la segunda opción y llega así, a inicios de 1934, a Tierra del Fuego a bordo del “Chaco”.³

En este contexto, luego de más de una docena de títulos publicados, y a diez años de la aparición de *Eurindia*, surge *Archipiélago*, un texto en el que Rojas “modifica su concepción respecto de la historia del sometimiento indígena, al tiempo que, forzado por el confinamiento en el sur, rediseña su geografía simbólica de la nación, elevando la marginalidad de Tierra del Fuego a una suerte de ‘Aleph’ borgeano en el cual sería posible leer, cifrada, toda la historia del continente americano” (Mailhe, 2019, p. 8). El libro está compuesto de más de sesenta capítulos breves, una introducción y un epílogo

³ “Si bien la proximidad ideológica de Rojas con el radicalismo es previa a 1930, el golpe militar de ese año despierta la empatía ideológica y afectiva del autor de *Eurindia* con los radicales perseguidos [...] Esa empatía lo impulsa a afiliarse al partido, gracias a la mediación de Adolfo Güemes (quien, preso Yrigoyen y exiliado Alvear, asume la reorganización de la UCR). Unos meses después, al participar del Comité Nacional y de la redacción de varios documentos del partido, esa afiliación se hace pública. Rojas, que para entonces ya es una figura consagrada dentro y fuera del país, se aboca a la escritura de *El radicalismo de mañana*, un ensayo del que se editan 30.000 ejemplares en 1932, desde la clandestinidad.” (Mailhe, 2019, p. 8).

“fantástico”. Desde el inicio, Rojas (2014, p. 10) da cuenta de su propósito de componer una “historia fueguina” que desarme “la leyenda nefasta, creada hace un siglo por Darwin” (Rojas, 2014, p. 11). Con la intención de recuperar la leyenda de Kuanip “común a los onas y a los yaganes”, dice el escritor, “he reunido anécdotas que aparecen dispersas en testimonios de etnógrafos y viajeros, y las he ordenado como conviene a la unidad de esta gesta originaria” (Rojas, 2014, p. 15). En una suerte de conexión trascendental con el paisaje – “Aceptada la primera desagradable impresión del viento y del frío, empecé a descubrir la cambiante fascinación de sus colores” (Rojas, 2014, p. 15) –, Rojas se ubica como mediador entre la “verdadera” historia de la isla, la tradición del viaje a la Patagonia y los futuros lectores de su texto. Y si bien, tal como han analizado Alejandra Mailhe y Catalina Bartalini en sus investigaciones sobre *Archipiélago*, por un lado resulta central “el esfuerzo de Rojas por recomponer la cosmovisión indígena en extinción, y por revelar los paralelos entre el exterminio de los indígenas y el trato inhumano que reciben los prisioneros en el penal de Ushuaia” (Mailhe, 2019, p. 6)⁴ y, por otro, son relevantes las reflexiones del escritor en torno a “la muerte de las lenguas” (Bartalini, 2018, p. 3),⁵ en este trabajo me propongo leer el texto de Rojas haciendo foco en un aspecto que hasta el momento no ha sido trabajado: su incorporación a la extensa tradición de relatos de viaje a la Patagonia en tanto pieza fundamental e interconectada dentro de la “máquina narrativa” que definió la región austral. Si, como señala Fermín Rodríguez a propósito de *La liebre* de César Aira, “es que sobre la pampa no hay viaje original (ni viaje al origen): todo viaje al desierto es repetición de un viaje anterior, huella sobre huellas precedentes, traducción de otros textos, verificación de lo ya leído” (Rodríguez, 2010, p. 89), me interesa detenerme en la representación del territorio patagónico para analizar el modo en que, en *Archipiélago*, Rojas insiste en narrar el origen del “fin del mundo”, al mismo tiempo que busca convertirse en un viajero “original” dentro de una tradición atravesada por la repetición.

⁴ Bartalini también se detiene en este punto. Dice la investigadora que en el documento pueden advertirse dos direcciones: la primera “centrada en la denuncia de la desaparición de las culturas fueguinas selk’nam y yagan y las paradojas de un Estado represor que lo recluye en la isla a la vez que mantiene a sus habitantes en la miseria y la marginalidad institucional” (Bartalini, 2018, p. 2-3), y la segunda, de índole más subjetiva, que lo lleva a indagar “la muerte de las lenguas” (Bartalini, 2018, p. 3).

⁵ Según Bartalini, “la solución que vislumbra” Rojas en *Archipiélago* “no necesita salirse de la lógica nacional; se centra en los aspectos geográficos y lingüísticos como medidas prioritarias para la verdadera anexión del archipiélago al territorio argentino: organizar el territorio, regular la lengua” (Bartalini, 2018, p. 8).

¿Preso o corresponsal aventurero?

La “Explicación preliminar” que Rojas escribe para *La Nación* comienza dando cuenta de su condición como “confinado político” e insiste en que *Archipiélago* no debe ser definido como “un diario íntimo o una crónica partidaria”, sino, en cambio, como “un libro inspirado en el más sereno ideal patriótico” (Rojas, 2014, p. 9). Con el objetivo de llegar al entonces presidente de la Nación, “autoridad suprema de nuestra soberanía en la olvidada Tierra del Fuego” (Rojas, 2014, p. 9), esta “historia fueguina”, configurada “sin aparato erudito”, traza tres momentos significativos, según Rojas, en el desarrollo de las islas: “una edad antigua, con sus navegantes y exploradores, casi todos extranjeros; una edad media, de indios y evangelistas, extranjeros también; y una edad moderna, la de la soberanía argentina, con sus presidiarios, sus gendarmes, sus latifundistas, sus vagabundos, casi todos asimismo extranjeros” (Rojas, 2014, p. 10). En discusión directa con la leyenda darwiniana, el escritor aspira, entonces, a demostrar que “la maldición del Onaisín no es condición inmutable de la naturaleza, sino obra de los gobiernos” (Rojas, 2014, p. 11). Y si bien a lo largo del libro va a recordarle a sus lectores el porqué del viaje – “Yo apenas soy aquí un argentino confinado” (Rojas, 2014, p. 21), “Yo no he visitado la misión de Río Grande porque me lo impiden las restricciones del confinamiento” (Rojas, 2014, p. 74), “Yo no conozco la región chilena del Beagle, porque no me dejan salir de aquí” (Rojas, 2014, p. 45) –, lo cierto es que en muchos de los pasajes esa imagen se desdibuja y Rojas encarna, en cambio, el rol de viajero corresponsal llevado adelante por otros escritores periodistas de la época.

En línea con la figura del repórter viajero a partir de la cual Martín Servelli define a los corresponsales que, hacia finales del siglo XIX, viajaban enviados por un medio masivo con el fin de “dar a conocer al lector el estado de las catorce provincias y los Territorios Nacionales, sus características intrínsecas, las costumbres de sus pobladores, sus paisajes representativos, las necesidades y potencialidades socio-económicas de cada región” (Servelli, 2017, p. 13), Rojas se suma al corpus de escritores que recorrieron y representaron la Patagonia en la década del treinta: Raúl González Tuñón, Liborio Justo (Lobodón Garra), Juan José de Soiza Reilly y Roberto Arlt, entre los principales. Este vínculo se funda dentro de *Archipiélago*, por un lado, en la recuperación explícita del libro de cuentos publicado por Justo dos años antes en tanto documento fidedigno de consulta:

La única iniciativa de gobierno con que la Argentina señaló la ocupación de Tierra del fuego hace media centuria, fue el aprovechar estas regiones como lugar de castigo. Fundarse primero una cárcel militar en la Isla de los Estados; pero esa institución pronto concluyó trágicamente con la sublevación y fuga

de los presos, desesperados por lo insalubre y desierto del lugar; aventura que ha sido documentalmente narrada por Lobodón Garra en su libro, *La tierra maldita* (Rojas, 2014, p. 99).

Así, el tejido entre documento y ficción que ya se había advertido dentro de la tradición del relato de viaje a la Patagonia en casos como el de Roberto J. Payró y Fray Mocho,⁶ reaparece ahora en *Archipiélago*, un texto escrito desde el confinamiento en Tierra del Fuego “inspirado en el más sereno ideal patriótico” (Rojas, 2014, p. 9), para acercarse a otra biblioteca, una más contemporánea y despegada del saber científico naturalista con el que, como se verá más adelante, va a discutir intensamente. Pero, además, a esta mención directa se suma una evidente coincidencia en los temas y en los procedimientos a partir de los cuales estos viajeros de la década del treinta construyen sus representaciones sobre el extremo sur. A la “máquina narrativa” que, hasta fines del siglo XIX, había reproducido una y otra vez la imagen de la región como *terra incógnita* (Darwin, 1997, p. 218), se le contrapone ahora una mirada sobre el espacio en la que el territorio aparece cargado de vitalidad:

El clima es aquí duro, ciertamente: el aire en continua agitación por los furiosos vientos; la nieve, perpetua; el agua helada; el sol, pálido; la temperatura, muy baja; la atmósfera, gris; las noches, largas en la mayor parte del año. Pero del fondo de ese abismo caótico brota la vida con belleza y pujanza. Florecen aquí la blanca margarita de los bañados y la dorada violeta de las nieves. Con extraordinario vigor se alzan los robles de la montaña y abren sus alas la *Diomedea exulans*, el albatros potente. (Rojas, 2014, p. 34).

Si para los viajeros como Darwin (1997, p. 220) la Patagonia era un espacio sobre el que pesaba “la maldición de la esterilidad”, encontramos que estos escritores del siglo XX ya no recorren la región en busca de fósiles, sino, en cambio, en busca de un futuro nacional:

El paisaje, en su variedad, es admirable, con raros efectos pictóricos de fronda, nieve, roca, cielo y agua, combinados en gamas de un delicado matiz. Predomina un verdor de fertilidad en la tierra y de suavidad en la luz. Cuando pasé por el Beagle para llegar a Ushuaia, sentí la belleza de tan singular espectáculo” (Rojas, 2014, p. 44).

En sintonía con el mismo Justo, señala a propósito de uno de sus desplazamientos a la Isla de los Estados: – “Pero, aún en medio de esa sombría

⁶ En *La Australia argentina*, escrito a partir de un viaje real por el extremo sur, Payró cita como fuente la novela sobre la región escrita casi en simultáneo desde Buenos Aires por Fray Mocho, *En el mar austral*. Este movimiento es analizado por Martín Servelli en su libro de 2017.

desolación, bulle allí la vida” (Justo, 2006, p. 82)⁷ –, Rojas se suma a la campaña por “argentinar” la Patagonia que emprenden los corresponsales luego de la “Conquista del desierto”, y que se profundiza a partir del cambio de siglo para modificar, sin dudas, la narrativa sobre el espacio.⁸

Otro de los modos en los que el escritor desarma su condición de preso es, justamente, describiendo y denunciando las condiciones de la cárcel de Ushuaia. El hecho de que él no haya estado confinado en el mismo presidio, le permitió tomar distancia y denunciar las condiciones de la institución, del mismo modo en que lo hizo, por ejemplo, Soiza Reilly en sus crónicas para *Caras y Caretas*.⁹ Atravesados por un tono periodístico, Rojas dedica varios capítulos al funcionamiento de la cárcel; en el primero describe el edificio y la distribución del presupuesto, qué hay y qué falta, en el segundo detalla la jornada carcelaria y concluye: “Semejante régimen de vida no puede sino bestializar a quienes lo sufren, sin provecho para la sociedad cuando están reclusos y con peligro para ella cuando salen en libertad” (Rojas, 2014, p. 108). La separación entre quien escribe y los presos es clara; en ningún momento Rojas asume el riesgo de ser “bestializado” por las malas condiciones institucionales. Asimismo, en el capítulo titulado “El convoy de los leñadores”, insiste en esta distancia al presenciar uno de los intentos de sublevación por parte de los presos que trabajaban en el Monte Susana:

Los penados volvían del monte la otra tarde cuando el convoy se detuvo frente a la iglesia; los presos daban gritos en señal de sublevación; y como si estuvieran previamente concertados, empezaron a clamar: —Vean bien lo que pasa; esto ocurre porque ya no podemos soportar la vida que se nos da. Sus guardianes saltaron del tren y los rodearon. En medio del tumulto sonó un tiro. Los rebeldes fueron inmediatamente dominados (Rojas, 2014, p. 109-110).

Ante el intento de sublevación, Rojas (2014, p. 110) inicia un trabajo de investigación: “Corrió la noticia de la sublevación y el pueblo se sobresaltó, creyéndola más grave. Al saberlo, salí a averiguar lo que ocurría”. Lejos de la vida precaria de los presidiarios, el escritor advierte a los lectores que el

⁷ Sobre *La tierra maldita* véase Cimadevilla (2024).

⁸ Esta intención de mostrar la región como tierra productiva en desarrollo (cuyo mayor obstáculo parecería residir en la desidia estatal) que ya figura en *La Australia argentina* de Roberto Payró (Cimadevilla, 2022), toma fuerza en la década del treinta, tal como señala Laura Juárez (2024), por ejemplo en las crónicas de Soiza Reilly.

⁹ Dice en una de sus crónicas: “La cárcel de Ushuaia dispone de muy pocos talleres. Si no fuera porque la mayor parte de los penados cortan leña en el monte, el presidio sería un hermoso refugio de haraganes. Su ubicación en tierras áridas y casi improductivas, no le permite tampoco tener grandes talleres por la falta absoluta de materia prima. ¡Está tan lejos!... Es un presidio creado con el viejo criterio de los penalistas de la inquisición: – El odio” (Soiza Reilly, 1933a, p. 20).

motivo del reclamo tiene que ver con las mismas condiciones hostiles de las que él ya venía reflexionando en los capítulos anteriores. En esta línea, y con el fin de profundizar en su investigación, Rojas se acerca a la cárcel, del mismo modo en que un año antes ya lo había hecho Soiza Reilly: “Por aversión teórica a su sistema, y por su mala fama, yo no habría visitado por mi gusto el Penal; pero no era propio escribir sobre Ushuaia sin conocer por dentro su más importante institución” (Rojas, 2014, p. 113). Además de recorrer los talleres de oficios, el escritor pasa por la biblioteca en la que conversa con el español a cargo: “—Tenemos libros de usted – me avisó. Me mostró un *Elelín*, bien encuadernado; y opinó sobre la obra. Le pregunté sobre la lectura de los presos. Los hay que no leen nunca nada, y otros que son muy aficionados, curiosos y discurridores” (Rojas, 2014, p. 113). El lugar de Rojas es, en efecto, el de visita y bibliografía de consulta, tal es así que al poco tiempo recibe de contrabando una carta escrita por los mismos presidiarios:

No trae firmas el documento, pero habla en nombre de todos, y aunque escrita furtivamente con lápiz, está bien redactada. Sin duda es obra de uno de esos presos ladinos que suele haber en las cárceles, y aunque papeles de tal especie deben ser tomados con cautela, descubrí en él muchos datos interesantes y verídicos (Rojas, 2014, p. 119).

En la epístola, que Rojas (2014, p. 119) no transcribe, los presos se quejan de los castigos, “privación de la comida o baños de nieve”; también mencionan el modo arbitrario en que se ejecutan las condenas y las nulas posibilidades de reintegrarse a la sociedad una vez finalizado el castigo. En vínculo directo con el absurdo que opera en el manejo de la institución, Rojas cuenta la llegada del nuevo subdirector del presidio, un joven ingeniero a quien, años antes, había becado como Rector de la Universidad de Buenos Aires para especializarse en petróleo en el Instituto de Estrasburgo. “¿No es eso signo de un país de dementes?”, se pregunta hacia el final del capítulo, “y agréguese a ello lo sainetesco de la situación: el inverosímil encuentro del ex rector que otorgó la beca y del ex becado, ingeniero especialista en petróleo, ambos en el presidio...” (Rojas, 2014, p. 121). De ser “apenas un argentino confinado”, Rojas pasa entonces a ocupar el rol de investigador, ex rector y autor reconocido para denunciar con autoridad la esterilidad del proyecto carcelario llevado adelante en Ushuaia por el gobierno: “Ni por su economía, ni por su régimen disciplinario, ni por sus resultados regionales, puede hoy justificarse aquel error de medio siglo” (Rojas, 2014, p. 121).

Por último, en cuanto a los procedimientos que lo acercan a los viajeros corresponsales de la época, cabe destacar que, si bien el escritor no se detiene aquí sobremedida en los presidiarios más reconocidos – como sí lo hace en

cambio Soiza Reilly en sus notas –,¹⁰ luego de los capítulos dedicados a la cárcel, da inicio a una larga serie de biografías de personajes vinculados al territorio – exploradores, gobernantes, figuras tradicionales de los libros de viaje como el buscador de oro y también perfiles excéntricos, como por ejemplo “el gaucho sueco” o “el pirata imaginario” – que lo acercan al trabajo periodístico llevado adelante en la prensa porteña de inicios del siglo XX. En efecto, en cada capítulo el escritor desarrolla, al igual que ya lo había hecho Arlt en sus “aguafuertes porteñas”, “una biografía en pocos trazos” (Juárez, 2010, p. 223).¹¹ Este recurso ligado estrechamente al *fait divers* que el mismo Arlt retoma en sus “aguafuertes patagónicas” (escritas casi en simultáneo a *Archipiélago* desde la zona cordillerana del lago Nahuel Huapi), le permite a Rojas marcar hitos que reorganizan la imagen cristalizada del extremo sur.

Si, por un lado, en línea con la representación de tipos que figuran en las “aguafuertes porteñas”, en sus crónicas patagónicas, Arlt rescata aquellos personajes curiosos y disparatados en los que encuentra la figura del pionero o pionera instalada en el imaginario sobre la región luego de la “Conquista del desierto”: “el vaquero de Texas”, que se salva de una tormenta de nieve al reconocer cual baqueano la orientación en que los pastos quedaron congelados; “Justo Jones, el juez gracioso”, quien aprovechándose de su don para la conversación vivió gratis en la casa de diferentes vecinos; o Berta Drassler, también nacida en Texas, a quien “vieron una sola vez vestida de mujer” (Arlt, 1997, p. 81) y cuya rudeza desarma llamativamente la idea de “ángel del hogar” que primaba en la época (Masiello, 1997, p. 76). Por el otro, Rojas también configura ciertos semblantes de pioneras y pioneros excéntricos – “el gaucho sueco”, “un soñador ingenuo, uno de esos vagabundos del mar que, misteriosamente, después de mucho andar se aquerencian en estas islas hasta envejecer en ellas” (Rojas, 2014, p. 147); “el pirata imaginario”, “Pascual Ríspoli; un italiano cincuentón y afeitado” cuyo “cuerpo está cargado de

10 En *Archipiélago* encontramos apenas un párrafo en el que aparecen mencionados algunos presidiarios reconocidos por los lectores porteños por tratarse de casos que circularon en la prensa: “Fieras humanas como el descuartizador de Palermo, alias ‘Serruchito’; insensibles morales como el Petiso Orejudo, hay mucho en la cárcel de Ushuaia; pero también hay pasionales, como aquel anciano que todavía llora la muerte de la esposa a quien mató en un raptó de emoción violenta; o verdaderos casos de injusticia como la de ese otro anciano que, siendo reincidente, fue condenado a tan duro encierro por el hurto de un impermeable!” (Rojas, 2014, p. 120).

11 Este procedimiento reaparecerá años más tarde también en las notas “Al margen del cable”: “El parentesco [...] es claro. Por una parte, porque como Borges, Arlt escribe un tipo de textos cercano al *fait divers*, y Borges también roza, aunque excede el *fait divers* desmontándolo y desplegándolo hacia la historia (una historia peculiar la que se propone, por cierto, de hombres infames, y de ahí su ruptura, que lo distancia en este punto de Arlt). Es claro, asimismo, el parentesco temático: simuladores e impostores, traidores, gangsters norteamericano y orientales, asesinos a sangre fría, los infames recorren los textos de Arlt, y sus crónicas también internacionales o universales (en Arlt porque muchos de los asuntos despuntan del conflicto bélico mundial) aparecen, reiteradamente, cercanas a la biografía: se trata de sucintas y caricaturescas biografías narradas, una vida en pocos trazos (Juárez, 2010, p. 222).

fuerza eléctrica, y su alma, de vanidosa fantasía meridional” (Rojas, 2014, p. 150); o la “vieja patricia”, “la primera compatriota que se radicó en Ushuaia” (Rojas, 2014, p. 160), entre otros –, pero además, a diferencia de Arlt, recupera nombres de exploradores y gobernantes, como Luis Piedrabuena o Ramón Lista, que corren del centro de la tradición a las figuras extranjeras. Es que si Piedrabuena –“gaucho de mar”, “criollo, hijo de padres criollos”, nacido en Carmen de Patagones “cuando Fitz-Roy y Darwin pasaron por allí, rumbo al Sur” (Rojas, 2014, p. 130) – resulta un personaje fascinante no solo por sus hazañas¹² sino también por “su patriotismo extraordinario” (Rojas, 2014, p. 133), Lista, por su parte, como “explorador en varias zonas del país y aficionado a las ciencias naturales” (Rojas, 2014, p. 135), discute en sus textos con el mismo Darwin, reforzando así uno de los principales objetivos de *Archipiélago*: “había creído antes en todas las afirmaciones de Darwin sobre la tierra, el clima y los indios; las había repetido en varias publicaciones o documentos, pero la experiencia lo convenció del error” (Rojas, 2014, p. 135).¹³

Reescribir la tradición

Entre las características principales de los relatos de viaje a la Patagonia escritos luego del cambio de siglo se observa, entonces, una evidente voluntad por tensionar la imagen fosilizada sobre el territorio austral a partir de la recapitulación y el diálogo con exploradores anteriores, sobre todo a partir de la discusión y recuperación de la figura de Darwin. Es que, como señala Livon-Grosman:

Charles Darwin describe el paisaje de la Patagonia como si fuera su primer observador y crea la ilusión de que en ese instante solitario existe la posibilidad de preservar para siempre esa mirada original, como si el reconocimiento de la antigüedad geológica de la zona lo transformara en su testigo más antiguo (Livon-Grosman, 2004, p. 72).

¹² Rojas enumera en un largo párrafo las hazañas de Piedrabuena: “Cuando solo tenía 18 años, en 1851, buscó en el Beagle a Gardiner y los misioneros ingleses, aunque solo se halló a los cadáveres de esos hombres que habían muerto de hambre. En 1857 salvó a 42 naufragos de la *Dolphin*, ballenera norteamericana encallada en Bahía Nueva. El año 73 salvó a seis naufragos del *Eagle*, pailebote inglés, en la Isla de los Estados [...] Piedrabuena ha salvado más de 150 vidas, bajo la bandera argentina que siempre llevó en sus naves. Jamás aceptó pago alguno en retribución de estos servicios, porque los consideraba un deber sagrado. Era, por eso mismo, un completo hombre de mar” (Rojas, 2014, p. 132).

¹³ Cabe destacar que en el capítulo sobre Piedrabuena, Rojas transcribe un fragmento del artículo necrológico que el mismo Mitre escribe y publica en *La Nación* al día siguiente del fallecimiento del explorador. Como puede notarse, los modos en que *Archipiélago* se vincula con el discurso periodístico no se agotan en la recuperación de recursos y procedimientos escriturarios.

De manera explícita – tal como se observa desde *La Australia argentina* de Payró, pasando por las notas mencionadas de Soiza Reilly o los cuentos de Liborio Justo –, la mayoría de estos escritores corresponsales van a estudiar el territorio a través del filtro de la mirada darwiniana.¹⁴ Ya que, tal como señala Leila Gómez:

El evolucionismo llenaría así el vacío que había dejado el descrédito de la creación divina y explicaría el cambio histórico que Sarmiento concebía en los términos de progreso, cuyo camino se iniciaba en la Grecia clásica, se reavivaba en el Renacimiento, con la generalización del uso de la pólvora y la imprenta, con Copérnico, Galileo, pasaba por la reforma protestante, Bacon, Benjamin Franklin, hasta llegar a Darwin. (Gómez, 2008, p.22)

Un siglo más tarde del viaje del *Beagle*, y en el marco de un proceso de integración de la Patagonia al territorio nacional, los desencuentros serán, por supuesto, notables y propiciarán apasionadas discusiones hacia el interior de los textos. En el caso de *Archipiélago*, encontramos en el comienzo del libro un capítulo titulado específicamente “La leyenda darwiniana” que inicia del siguiente modo:

Darwin estuvo en Wulaia – aquí enfrente – con los indios; navegó los canales; observó la naturaleza local. En su libro intitulado *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* dedicó numerosas páginas a su andanza fueguina. La fama del autor, ulteriormente, dio prestigio a aquella obra, y el *Viaje* de Darwin pasó a ser como una biblia del *Beagle*, a pesar de sus abundantes errores, que otros estudiosos enmendaron después, aunque sin lograr la popularidad de la primitiva leyenda darwiniana (Rojas, 2014, p. 47).

A partir de citas que transcribe del mismo texto de Darwin, Rojas señala algunos errores de aquella “primitiva leyenda” de manera categórica, sobre todo haciendo hincapié en la idea de inhabitabilidad que el escritor lee en el diario del naturalista:

Finalmente, en el mismo Capítulo X, a que pertenecen esas observaciones exactas, encontramos esta afirmación errónea: “El país entero no es sino una enorme masa de rocas, de elevadas colinas, de bosques inútiles, todo envuelto en nieblas perpetuas y atormentado por tempestades continuas. La tierra habitable se reduce a las piedras de la costa”. Esto último no es verdad, y el

¹⁴ En cuanto a la circulación de sus libros en el país, se sabe que el primer lector argentino de Darwin fue William Hudson, a quien su hermano le trajo de Inglaterra un ejemplar de *El origen de las especies* (Gómez, 2008, p. 17). En cuanto al diario a bordo del *Beagle*, recién en 1877 Estanislao Zeballos deposita en la biblioteca de la Sociedad Científica Argentina el *Voyage d'un naturaliste*, editado en París en el año 1875, y la primera traducción al español de *Origen de las especies por medio de la selección natural o la conservación de las razas en la lucha por la existencia*, editada en Madrid en 1877. (Cf. Perazzi, 2011, p. 8).

Viaje abunda en análogas equivocaciones y contradicciones, explicables en un viajero demasiado joven que, aunque se demoró aquí casi un lustro, vivió casi siempre a bordo y solo vio la región desde sus riberas (Rojas, 2014, p. 47).

Así, una y otra vez, el escritor observa con minuciosidad muchas de las representaciones sobre el espacio patagónico que moldearon el imaginario sobre la región.¹⁵ Rojas insiste en que el gran problema fue que el naturalista no llegó a tomar contacto con los pobladores originarios sino apenas superficialmente, e incluso sus observaciones sobre Jimmy Button, con quien compartió parte del viaje, también fueron erróneas:¹⁶

No parecía pertenecer a la misma raza de salvajes innobles e infectos que habíamos visto en Tierra del Fuego”. Descúbrese aquí una contradicción que necesita ser explicada. No es posible pensar que Jimmy habíase tornado inteligente y bondadoso por haber estado en Inglaterra, sino que, por haber aprendido inglés, Darwin pudo comunicarse con él y conocerlo. En cambio, los demás permanecían en un misterio hermético para el extranjero. Sorprende, por eso mismo, que el joven naturalista juzgue a esa raza, apenas entrevista al pasar, como si la conociera. Vio las canoas y las chozas, pero no las almas (Rojas, 2014, 57).

En este punto, contrapone la figura de Thomas Bridges¹⁷ (primer misionero inglés en establecerse en Tierra del Fuego, quien, además, se ocupó de aprender la lengua de las comunidades originarias) a la del científico:¹⁸

Darwin juzgó el idioma de los yaganes como algo tan pobre que no merecía el nombre de lenguaje articulado; pero el joven sabio inglés ignoraba ese idioma en absoluto. Otro inglés, el pastor Bridges, con más conocimiento y autoridad en ese punto, ha dado elementos para rectificarlo (Rojas, 2014, p. 57).

15 Señala en otro fragmento: “Dos rasgos singularizan a la Isla del Fuego, dos rasgos simbólicos que me complazco en señalar: sobre esta tierra no reptan víboras; bajo este cielo no truena el rayo. Isla mágica, ciertamente, y digna de una nueva leyenda, porque la de Darwin, que tanto ha persistido, no contiene toda la verdad” (Rojas, 2014, p. 52).

16 Se trata del paradigmático caso del yagán (1815-1864) que en 1830 fue tomado por el capitán del *Beagle* a cambio, supuestamente, de un botón de nácar. Junto con otros tres pobladores originarios, viajaron a Inglaterra. Su regreso se concretó tres años después durante el segundo viaje de la embarcación.

17 “Había sido un niño abandonado, recogido en 1846 en un puente de los alrededores de Bristol por el reverendo George Packenham Despard. [...] Despard lo llevaría a las islas Malvinas a los 13 años, y allí aprendería la lengua yámana con aborígenes trasladados desde Tierra del fuego a la misión anglicana en la isla Keppel. Cuando Despard hubo de emprender el regreso a Inglaterra, su hijo adoptivo, con 18 años, decidió permanecer en la Isla Keppel. En 1867, el misionero Waite Stirling y Thomas Bridges comenzaron un proyecto misional en Ushuaia” (Giucci, 2015, p. 176).

18 Su diccionario se titula: *Yamana-English. A dictionary of the Speech of Tierra del Fuego*. En *Archipiélago*, Rojas (2014, p. 58) señala: “La cantidad de palabras yaganas recogidas por Bridges es superior a las que Shakespeare y Darwin emplearon, y a las de muchas lenguas modernas de ilustre literatura, y desde luego extraordinariamente mayor al poco caudal que suele contar el léxico de los pueblos primitivos”.

Sin ahondar aquí en el gran problema de la lengua, interesa observar cómo a partir de la discusión con Darwin, Rojas plantea una fuerte crítica a la ocupación imperialista:

Se ha observado que cuando el hombre europeo entra a gobernar en las tierras de su colonización, sobreviene una disminución brusca de la población indígena. Con perversidad intelectual, se extrae de ese hecho una prueba de inferioridad de las razas autóctonas [...] Toda penetración extranjera – militar, económica o religiosa – es para las razas primitivas un cataclismo. Se destruye su régimen social, producto de una larga experiencia y de una creación del espíritu. El medio físico subsiste, pero no los instrumentos con que el hombre autóctono logró su adaptación a ese medio, en un trabajo milenario. El colonizador ignora ese fenómeno psicológico, o prescinde de él. A pesar de su vanidad, procede como una fuerza ciega [...] A veces el colonizador quiso conocer al nativo, e incurrió en graves errores, como a Darwin le ocurrió cuando creyó que los fueguinos eran ateos, caníbales de lenguaje misérrimo y el pueblo más degradado de la especie humana. Si tal decía el sabio naturalista inglés, el explotador que después vino se libró de remordimientos. Cuando se supo la verdad, era ya tarde: los indios habían perecido (Rojas, 2014, p. 88-89).

Advertidas, entonces, las consecuencias de la colonización europea, Rojas vuelve a mirar las representaciones darwinianas desde otro punto de vista:

[...] debemos agradecer a Darwin su leyenda – tierra miserable, la más inhospitalaria del mundo, solo habitada por caníbales casi bestiales – porque acaso ella desvió la avilantez imperialista, que pasó por aquí sin tentarse con el botín de estas otras islas australes (Rojas, 2014, p. 49).

Ya desacreditada con argumentos claros y contundentes la imagen sobre el territorio en tanto tierra hostil, el escritor propone hacia el final de *Archipiélago* una nueva biblioteca para estudiar la región; la literatura argentina, menciona, “cuenta con algunos libros destinados a la divulgación de lo que es Tierra del Fuego; pero ninguno de ellos apareció con auspicio oficial” (Rojas, 2014, p. 177). En el listado figuran obras como *Tierra del fuego* de José Manuel Eizaguirre, *La Australia Argentina* de Roberto J. Payró, *En el mar austral* de Fray Mocho, *Los onas* de Carlos Gallardo y *Viaje al interior de la Tierra del fuego* de Eduardo Holmberg (hijo). Finalmente, señala también algunos textos del siglo XX, como *La tierra maldita* de Liborio Justo, a quién ya había hecho referencia al inicio de su texto. Y si bien la propuesta que enuncia en el mismo capítulo consiste en “editar una Biblioteca fueguina con todo lo que se ha escrito sobre Tierra del Fuego, desde los primeros navegantes hasta hoy” (Rojas, 2014, p. 179), es evidente también su voluntad por renovar los referentes viajeros del mismo modo en que, un año antes, Soiza Reilly ya había puesto en escena los nombres de Payró y Fray Mocho en sus crónicas

al extremo sur.¹⁹ De este modo, el libro de Rojas no solo coincide con las crónicas periodísticas sobre la Patagonia publicadas en esa época en cuanto al denodado interés por traducir los paisajes y los conflictos de la región austral a los lectores porteños, sino que también se suma a los relatos de viaje de inicios del siglo XX al asumir la tarea de renovar la narrativa sobre el territorio patagónico a partir del trastocamiento de la tradición bibliográfica viajera.

Referencias

- ARLT, Roberto. *En el país del viento: viaje a la Patagonia* (1934). Buenos Aires: Simurg, 1997.
- BARTALINI, Carolina. Del otro al yo: ideologías lingüísticas y nacionalismo cultural en Archipiélago de Ricardo Rojas. *Anclajes*, Santa Rosa, v. XXII, n. 2, p. 1-19, 2018.
- BERGER, John. *Modos de ver*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2000.
- CIMADEVILLA, Pilar. Una lectura de La Australia argentina, de Roberto Payró. In: *Poligramas* – revista editada por la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, Cali-Colombia, n. 55, p. 1-17, 2022.
- CIMADEVILLA, Pilar. En medio de esa sombría desolación, bulle allí la vida. Aproximaciones a La tierra maldita de Liborio Justo. *Káñina* – Rev. Artes y Letras, San José, v. XLVIII, p. 1-20, 2024.
- COLOMBI, Beatriz. El viaje, de la práctica al género. In: MARINONE, Mónica; TINEO, Gabriela (eds.). *Viaje y relato en Latinoamérica*. Buenos Aires: Katatay, 2010. p. 287-308.
- DARWIN, Charles. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1997.
- GIUCCI, Guillermo. *Tierra del fuego: la creación del fin del mundo*. CABA: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- GÓMEZ, Leila. *La piedra del escándalo: Darwin en Argentina 1845-1909*. Buenos Aires: Simurg, 2008.
- JUÁREZ, Laura. *Roberto Arlt en los años treinta*. Buenos Aires: Simurg, 2010.

¹⁹ Dice Soiza Reilly (1933b, p. 25) en sus crónicas: “Ya Roberto J. Payró en “La Australia Argentina” – maravilloso libro escrito hace treinta y cinco años y que parece “pensado” para hoy – comenta sagazmente el error cometido a sabiendas de no haber hecho capital a Río Grande”; “Fray Mocho no había estado nunca en la Tierra del Fuego. Sus grandes descripciones de los panoramas y los tipos fueguinos que parecen reproducidos de la realidad, son obra de su ingenio. [...] *Es el libro que reproduce con mayor exactitud la realidad fueguina*” (1933c, p. 24).

- JUÁREZ, Laura. Representaciones de la Patagonia en la prensa argentina de los años treinta. Cronistas, reporteros y escritores viajeros en el periodismo masivo y comercial. *Káñina* – Rev. Artes y Letras, San José, v. XLVIII, 2024. p. 1-27.
- JUSTO, Liborio. *Prontuario: una autobiografía*. Buenos Aires: Ediciones B, 2006.
- LIVON-GROSMAN, Ernesto. *Geografías imaginarias: el relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.
- MAILHE, Alejandra. Un confinamiento en los confines: Archipiélago de Rojas como americanización del interior. *Trabajo y Sociedad*, Santiago del Estero, v. XX, p. 5-24, 2019.
- MASIELLO, Francine. *Entre civilización y barbarie: mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997.
- MISERES, Vanesa. *Trazos de nación, Mujeres viajeras y discurso nacional en Latinoamérica (1830-1910)*. 2010. Tesis (Doctorado en Espanhol) – Vanderbilt University, 2010. Disponible em: <https://ir.vanderbilt.edu/bitstream/handle/1803/14340/miseres.pdf?sequence=1&isAllowed=y>. Acceso em: 22 abr. 2025.
- PERAZZI, Pablo. Ciencia, cultura y nación: la recepción del darwinismo en la Argentina decimonónica. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París, 2011. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.61993>
- RODRÍGUEZ, Fermín. *Un desierto para la nación: la escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- ROJAS, Ricardo. *Archipiélago: Tierra del Fuego*. Argentina: Editorial Südpol, 2014.
- SAID, Edward. *Orientalismo*. Madrid: Libertarias, 1990.
- SERVELLI, Martín. *A través de la República: corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos XIX-XX*. CABA: Prometeo Libros, 2017.
- SOIZA Reilly, J.J. Nadie se acuerda de los pueblos del sur. Necesidad urgente de argentinizar la Patagonia y la Tierra del Fuego. *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n. 1806, p. 21-26, 13 mayo 1933b.
- SOIZA Reilly, J.J. El progreso de los pueblos del sur se debe a la marina nacional. Breve reseña de las hazañas realizadas en la región austral por la armada argentina. *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n. 1808, p. 21-25, 27 de mayo de 1933c.
- SZURMUK, Mónica. *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina (1850-1930)*. México: Instituto Mora, 2007.

Pilar Cimadevilla. Bacharel e doutora em Letras pela Universidade Nacional de La Plata. Trabalha como Pesquisadora Assistente do CONICET e é professora na Universidade Nacional da Patagônia.

E-mail: pilarmariacimadevilla@gmail.com

Declaração de Autoria:

Pilar María Cimadevilla, declarada autora, confirma sua participação em todas as etapas de elaboração do trabalho:

1. Concepção, projeto, pesquisa bibliográfica, análise e interpretação dos dados; 2. Redação e revisão do manuscrito;
3. Aprovação da versão final do manuscrito para publicação; 4. Responsabilidade por todos os aspectos do trabalho e garantia pela exatidão e integridade de qualquer parte da obra.

Declaração de Disponibilidade de Dados:

Todo o conjunto de dados que dá suporte aos resultados deste estudo foi publicado no próprio artigo.

Declaração dos Editores:

Ana Maria Lisboa de Mello, Elena Cristina Palmero González, Rafael Gutiérrez Giraldo e Rodrigo Labriola, aprovamos a versão final deste texto para sua publicação.

Recebido: 15/01/2025

Aprovado: 31/03/2025